



Al Hombre de nuestra Selva

Amazonica,
en la persona de mi buen amigo el
pintor y novelista Calvo de
Araujo.

I—Juana —dijo Pedro Yataco a su robusta mujer—, ahora que la Florinda salió a llorear me pareció que cojeaba de una pierna. ¿Te has fijado tú?

—Pues sí —respondió la mujer—, yo pensé que habría pisado una espina o que la hubiera picado algún bicho, pero no tiene nada; le he revisado su piernita izquierda, que es la que le duele, y no vi ninguna hinchazón, ninguna leprita. Eso sí, esa piernita se le está poniendo más floquita que la otra... ¿Qué raro, no?

II En la confluencia del Pintoyacu con el Nanay está horquetoado el pequeño pueblito de Santa María. Santa María de Nanay. A dos kilómetros del pueblo, río abajo, como quien va a lquitos, construyó su "tambo" Pedro Yataco, mitayero, 32 años, natural de Requena, marido de Juana Amapahua (descendiente de aguarnunas) y padre de Florinda.

—Pedro —dijo Juana a su marido, alcanzándole a la mesa un humeante plato de timbuche de shiripira—, ¿qué vamos a hacer?, la Florinda sigue mal, le duele mucho la pierna, se le ha puesto flaquita como pata de maquizapa y no puede caminar.

CUENTOS DE MI TAITA

MACHACUY (MACHAYAWAY)

Por Nicomedes Santa Cruz

Le he dicho que se quede en la cama.

—Flori, mi mariposita triste, ¿qué sientes? —preguntó acercándose al techo el atribulado mitayero.

—Taitita, me duele mucho mi piernita, a veces se me duerme, a veces me hormiguea... Me duele mucho, taita —respondió Florinda con un hilo de voz.

La madre, entre tanto, mostraba a Pedro Yataco la pierna raquífrica de la pequeña que, día a día, inexplicablemente, se iba secando.

—Le he puesto renaco y piri-piri, pero nada le ha hecho. Parece cosa del-shapshico. ¿Tienes hambre, Florita?

—No, mamanchi —respondió la niña.

III Pedro Yataco, reposando sobre la hamaca, pensaba. Todos los años vividos, todas sus experiencias desfilaban ante sus entornados ojos. En esa extraña cronología, las seis horas transcurridas bastaríanle para rememorar treinta y dos años de intensa vida selvícola.

La Luna llena revolcábase sobre las tranquilas aguas del Nanay arrancando extraños reflejos; pero bajo la copa del letal punguyo las sombras de la noche se recortaban con fúnebre negrura.

—¡Juana!...

—¿Pedro?...

—¿Duermes?

se entroscó y desenrolló por dos veces, como quien desentume el cuerpo. Luego se dejó reptando velozmente hasta perderse por un pequeño agujero de la pared abierto a ras del suelo.

IV Pedro Yataco pasó la tarde afilando contra un batán su enorme machete, mientras su mujer preparaba café y luego vertía leche en un plato de barro (mochua). Casi no se dirigieron la palabra durante todo el día. Florinda, en su lecho, tejía un artístico panero.

La noche encontró a los padres de Florinda en atenta vigilia. En el recuadro de la abierta ventana se recortó fugaz la silueta de una chosna, lanzó un grito y desapareció. En la choza sólo se sentía la acompasada respiración de la niña. Juana y Pedro casi no respiraban.

De pronto, por el agujero apareció la machacuy. En su camino a la cama de Florinda estaba el plato con leche, reptando silente se acercó a él y levantó su romboidal cabeza dos palmos del suelo, por un instante quedó oscilando como un péndulo. Relampagueó el machete de Yataco y pagó el certero golpe decapitó a la víbora. El cuerpo mutilado volcó el plato de leche. Un segundo golpe —innecesario ya— partió en dos el cilíndrico cuerpo.

El grito agudo de un coto alborotó la fauna nocturna y despertó a Florinda.

—Taitita, mamanchi, ¿qué pasa? —preguntó la niña al ver a sus padres levantados en media noche.

—Nada, Florita. Duérmete no más —le contestaron cariñosos.

Y Juana y Pedro también se fueron a acostar, no sin antes haber arrojado a las aguas del Nanay los restos sanguinolentos de la machacuy.